

"El más sólido aporte —según el autor— del actor devenido en político o, más bien, de los que le escribieron el libreto: el uso de la publicidad no solo como herramienta de propaganda electoral sino también como ejercicio permanente de ocultamiento..."

La invención de Ronald Reagan

**carlos manuel
indacochea**

Sociólogo peruano. Vive y trabaja en Washington DC.



Seis meses después de que Reagan dejara la Casa Blanca, el profesor Noam Chomsky visitó Cornell, donde yo era estudiante. Como acostumbra, Chomsky nos regaló una larga diatriba contra el poder, enlazando diestramente las notas periodísticas y los datos con sus propias conjeturas. De pronto, luego de una pausa, dijo: "Como es obvio, nos hemos pasado ocho años sin jefe de Estado". Ante la inmediata carcajada del público, adoptó un gesto de alarma y se sintió obligado a presentar pruebas:

"¡No, no es broma! Se supone que ese sujeto ha sido el líder de una revolución en este país... entonces, ¿por qué no hay una larga lista de espera de periodistas y científicos sociales tratando de entrevistarlo para entender cómo lo hizo? Simplemente, porque todos sabemos que el tipo no tiene idea de lo que pasó durante su presidencia".

La audiencia se contuvo. Acaso tomó conciencia de que graves decisiones, que habían involucrado el uso probable de armas nucleares e inmensos flujos financieros y que habían transformado al mundo, habían sido tomadas por personajes oscuros, a la sombra de la imagen pública del "gran comunicador".

¿Tanta era la magia de Ronald Reagan? ¿De dónde venía? Para saberlo, es indispensable recurrir al contexto político y cultural que la hizo posible.

¿Elecciones con truco?

Hace poco más de tres años, el mundo contempló con asombro la precariedad del sistema electoral estadounidense. No solo es el voto indirecto, que hizo posible que el candidato "perdedor" obtuviera medio millón de votos más que el que, al final, fue nombrado por la Corte Suprema. Además, las escandalosas impugnaciones en Florida resultaron directamente del hecho de que para la elección del gobierno federal cada estado se organiza como quiere.

Como se comentó entonces, si algo así hubiese ocurrido en América Latina, líderes políticos estadounidenses hubieran mojetado de ilegítimo al gobierno resultante y hubieran exigido la intervención de organismos internacionales.

Con todo, no es el mecanismo electoral sino la recurrente desmovilización política de los ciudadanos lo que adultera "el gobierno del pueblo" en el país que inventó la democracia representativa. El voto es voluntario y, en consecuencia, rara es la elección en la que



sufragan más de la mitad de los ciudadanos. Así, en su mejor momento Reagan ganó "por avalancha" con el apoyo de poco menos de la cuarta parte de los ciudadanos.

Agréguese que el día de las elecciones no es feriado ni día libre. Por lo general, votar supone comprometer horas de trabajo cuyo descuento del salario afecta menos a los de más altos ingresos. Así, es evidente el sesgo contra la participación política de los pobres.

Sin embargo, la mayor distorsión de la democracia en los Estados Unidos no se da tanto en el sufragio cuanto en el control del entorno ideológico y cultural de las elecciones. Para ser elegido, debe pasarse por el filtro de los dos únicos partidos políticos (en rigor, simples tinglados electorales) y debe disponerse de sumas cada vez más extravagantes para hacer publicidad. Hasta hoy, todos los

intentos de legislar para evitar que los más ricos otorguen a sus candidatos enorme ventaja en la memoria y preferencia de los votantes se han estrellado contra la contumacia de la clase política, o han sido alterados de manera tal que sea posible cumplir con la ley e ignorar su propósito. De hecho, en la elección presidencial actual ambos candidatos han concentrado sumas sin precedentes.

Un pasado de película y de política

En ese contexto, la empresa política de Reagan no fue una improvisación. Veinticinco años antes de llegar a la Casa Blanca, Reagan había presidido el gremio de actores de Hollywood y prestado valiosos servicios al FBI y la Comisión McCarthy con la entrega de nombres de colegas izquierdistas o de pasado comunista.

Luego, después del notorio discurso en el que saludó la

candidatura del ultraconservador Barry Goldwater (1964), cambió de oficio y fue elegido gobernador de California para dos periodos consecutivos (1967-1975), bajo la misma fórmula que aplicaría luego en la presidencia: exaltación del optimismo, adulación de los electores y simplismo en las soluciones ofrecidas.

Más tarde, su contribución se redujo a leer discursos, hacer cortas declaraciones y cumplir funciones protocolares. Las políticas por llevarse a cabo no eran asunto suyo. ¿A qué extremo? El gobernador que luego fuera el candidato de la derecha religiosa promulgó una ley que autorizaba el aborto a pedido; el "conservador fiscal", que atacaba los impuestos como si fueran plagas, elevó sustantivamente la tributación en el estado para restablecer el equilibrio fiscal sin reducir el gasto.

Una vez en la presidencia, el juego fue distinto. Sus asesores hicieron aprobar una enorme reducción de impuestos, disminución sin precedentes de la carga tributaria de los más ricos y de las grandes corporaciones, que fue solo marginal para la clase media y los más pobres, creando un déficit fiscal inmanejable y alimentando una severísima recesión. El régimen debió rectificar anulando parcialmente las reducciones en los dos años siguientes, al tiempo que aceleraba los aumentos en el gasto militar que había iniciado Jimmy Carter¹.

Las ocurrencias del "Presidente teflón"

El público, encantado. El aparato propagandístico, en perma-

nente campaña, elevó la figura presidencial por encima de los actos de gobierno hasta inventar, en ese periodo inicial, la leyenda de "el Presidente teflón" invulnerable a las manchas en su imagen producidas por sus supuestas decisiones. No solo le escribían los discursos; eso es común. A Reagan le inventaban las "ocurrencias espontáneas" que repetía con éxito, o se las atribuían como citas. Famosa es aquella en la que habría dicho a los cirujanos que lo iban a intervenir, luego del atentado contra su vida: "Espero que sean republicanos". Luego se supo que había estado inconsciente o muy débil para hablar. Sin embargo, se la repite *ad nauseam* como prueba de su valentía y sentido del humor.

El promotor del individualismo y el trabajo esforzado hacía siestas (sin contar las de las sesiones de gabinete) y tomaba largas vacaciones más de una vez al año. El hombre que transmitía amistad y protección paterna a través de las pantallas era incapaz de recordar a sus colaboradores más cercanos. Por ejemplo, saludó a su propio secretario de Vivienda y Desarrollo urbano, incompetente pero —por ser negro— nombrado como prueba de que el régimen no era racista, diciendo "gusto de conocerlo, señor alcalde". Esto es, asumió que, si estaba en el estrado oficial, debía de ser el alcalde de la ciudad que visitaba.

El adalid de la "responsabilidad fiscal" dejó el cargo habiendo triplicado la deuda nacional. El promotor del honor y la postura

internacional firme de los Estados Unidos retiró, rabo entre piernas, fuerzas de la Infantería de Marina, que había emplazado en Beirut luego de que un atentado con explosivos costara la vida de unos 250 soldados.

Invasiones y derechos humanos

Pocos hechos demuestran mejor el nulo control de Reagan sobre el gobierno que las intervenciones en América Central. Asumiendo que las revoluciones en la región eran solo manifestaciones de la expansión soviética, las políticas y acciones concretas estuvieron en manos de subordinados de la catadura de Elliot Abrahms y John Negroponte, ambos con nuevos cargos en el actual gobierno.

En El Salvador, se armó y financió al Ejército de ese país sin poner reparos a sus transgresiones contra los derechos humanos, ni siquiera cuando estos llegaron a la violación y asesinato de cuatro monjas estadounidenses. En Nicaragua, se adiestró y proveyó apoyo logístico a la guerrilla de contrarrevolucionarios antisandinistas —llamados "contras"— a pesar de que sus líderes y miembros habían sido socios y servidores de la dictadura de Somoza, y se los orientó a una guerra de desgaste que cobró cinco mil vidas y destruyó buena parte de la economía del país. Fue a estos a quienes Reagan comparó, sin rubor alguno, con

1 Uno de los mitos más persistentes y mejor elaborados es que Reagan "rearmó" a los Estados Unidos.

los padres fundadores de su propio país.

Cuando el Congreso llegó a la conclusión de que la agresión a Nicaragua era innecesaria para la seguridad de los Estados Unidos y prohibió su financiación, el asesor para seguridad John Poindexter y varios funcionarios menores, incluyendo al inefable teniente coronel Oliver North, financiaron la guerra por medios ilegales: vendieron armas y repuestos de los arsenales de la OTAN a Irán—en guerra con el Irak de Saddam Hussein, protegido del gobierno estadounidense— e invitaron a la Casa Blanca a jeques árabes para que "donaran" millones de dólares luego de visitar a Reagan. Cuando estalló el escándalo, quedó claro que los varios grupos que actuaban en política exterior, bajo la sonrisa de Reagan, no solo no coordinaban acciones sino que, además, actuaban en abierta discrepancia.

Sin embargo, entre los actos que se atribuye injustamente a Reagan, ninguno tan absurdo como el de hacerlo responsable de la disolución de la Unión Soviética, por competir deliberadamente con ella en lo militar y provocar su colapso económico. Un mínimo de información hace evidente que el gigante comunista implosionó desde sus propias—gravísimas— deficiencias ante el intento reformista de Mijaíl Gorbachov y su grupo. No se lo imaginaron los servicios de inteligencia, ni los centros de investigación, ni las élites políticas. Tanto menos Ronald Reagan, cuya percepción de la realidad superponía



los hechos históricos a lo que había visto en el cine.

Se mencionan siempre sus técnicas de actor como el secreto de su imagen pública. Discrepo. Las expresiones de su rostro eran pocas y estereotipadas. Además, su cuerpo mostró siempre la rigidez de los ancianos. En cambio, la voz de Reagan, cultivada durante años de transmisiones radiales, le permitía leer un texto como si lo entendiera y expresar sentimientos que acaso no tenía.

El Alzheimer de los seguidores

Luego de su diagnóstico de Alzheimer y hasta el aparatoso funeral de estado en Washington, los beneficiarios de Reagan se han empeñado en crear una memoria histórica análoga a las muchas simulaciones y falsedades que lo consagraron como personaje público. En homenaje al "gran Presidente", cambiaron el nombre del aeropuerto de la capital, arrojando el del fundador del país; bautizaron como Ronald Reagan a un portaaviones y hasta crearon una biblioteca con el nombre de quien era incapaz de leer más de cinco páginas con grandes letras... ¡Y lo han enterrado precisamente allí!

El "aporte" oscuro de Reagan

Es que ese es el más sólido aporte del actor devenido en político o, más bien, de los que le escribieron el libreto: el uso de la publicidad no solo como herramienta de propaganda electoral sino también como ejercicio permanente de ocultamiento, distanciando a los ciudadanos de los actos y los designios del poder.

A quien mire con cuidado, Reagan le demuestra que la democracia puede ser hábilmente neutralizada a favor de la élite política y del poder económico. Así, el político no requiere ofrecer resultados, solo imágenes, y, tanto más importante, cuñas de sonido o *sound bytes*.

La fórmula funcionó, y de tal modo que se la volvió a aplicar con el hijo de Bush. Hasta ahora, sin embargo, las palabras y los actos del actual Presidente de los Estados Unidos no hacen sino mejorar la imagen de Ronald Reagan hasta hacerlo aparecer inteligente.

En cuanto a Reagan, que descanse en paz... aunque nunca hiciera mucho por cansarse. ■